

SAN AGUSTÍN

Es sobremanera útil para quien emprende la lectura o el estudio de un gran maestro, conocer el carácter personal, la fisionomía moral propia y peculiar que se esconde tras la máscara literaria o científica de sus obras. Solo así llega uno a ponerse en contacto con el hombre; y esto es al fin y al cabo lo que más importa al que aprende; ya que deber suyo es, como lo es de todo discípulo, el asimilarse la mentalidad del que le enseña. Porque no hay duda ninguna que lo que amolda, lo que forma, lo que educa, no es ni la idea escueta, ni la mera infiltración de doctrina; sino esto y algo más, es a saber: el contacto de un hombre con otro hombre; la fusión de una alma con otra alma; la compenetración de dos espíritus, con la inevitable comunicación de ideas vivientes y eficaces que a semejante contacto necesariamente se sigue.

Y con esto queda dicho lo que pretendemos en este artículo, es a saber: entrar en contacto personal con el alma grande y generosa, amable y sencilla de Agustín que es uno, de los maestros dados por Dios a la Iglesia de Cristo. No pretendemos por tanto en estas líneas ni originalidad ni profundidad de pensamiento. Solo queremos compartir algunas ideas y un profundo amor por este grande hombre con el honrado lector de sus obras ascéticas o científicas. Que si alguien se moviese con la lectura de estas páginas a buscar en él la luz intelectual y el fuego de amor que todos tanto necesitamos, nos tendríamos por sumamente dichosos y más que en demasía recompensados.

FISIONOMÍA MORAL DE SAN AGUSTÍN

La fisionomía moral de San Agustín resalta en sus obras lúcida y distintamente como la de ningún otro escritor. Brilla en ellas, en primer lugar, un entendimiento claro como el sol, fuerte y penetrante como una espada. Agustín ve; pero al ver penetra. Y es que lo ve todo en relieve. No puede contemplar una verdad sin percibir su contraria. Y así, por ejemplo, si considera la omnipotencia

divina exigiendo el tributo que le debe la criatura, percibe a la vez la impotencia de la criatura, esa nada suya que solo puede dar lo que ha recibido del Creador. «Da qued iubes, Domine, et iube qued vis» «Dame, Señor, lo que me pides y pídemelo luego lo que quieras». Si ve al hombre que pierde la gracia, comprende que ese perder no es perder sino en realidad de verdad es rechazar lo que se pierde; «nemo amittit nisi qui dimittit». Si piensa en la compasión humana, percibe simultáneamente la ironía de una compasión que está en sí misma tan necesitada de ser compadecida. «Quid miserius misero non miserante seipsum?» «¿Quién más digno de compasión que un miserable que no tiene compasión de sus propias miserias?» Pero para qué multiplicar ejemplos que todos tienen a la mano? Sólo queremos hacer notar, ya que es fácil dejarse engañar por los sentidos, que estas ingeniosas expresiones tuyas no son, como a veces se piensa, juegos de palabras; que no se trata aquí de una mera oposición verbal sino de una contraposición real y luminosa de ideas grandes y profundas. Un momento de reflexión sobre el significado de estos textos, convencerá al lector de la verdad de nuestra afirmación que, por lo demás, podrá comprobar con solo leer atentamente cualquier página de las obras del Santo. Ve pues Agustín; pero, como decíamos, ve en relieve; ve negro sobre blanco; ve una verdad en relación con su contraria. Y lo que es más notable aún, a esta penetración de ingenio va unida una comprensión vastísima de ideas. Abarca e sus miradas la trabazón interna, la malla múltiple y delicada de relaciones que unen las obras todas del Creador. Pero de esto hemos de tratar más tarde. Vengamos pues ahora a estudiar otro rasgo y por cierto más importante aún de su carácter; porque lo más personal, lo más propio de Agustín no está en su colosal ingenio. Lo más característico de él consiste en que a esa luz intelectual tan diáfana y pura va unido un corazón que es fuego. «Y qué es lo que a mí me deleita, dice, sino amar y ser amado?» «Amare et amari» «O veritas veritas!» «Quam intime, etiam tum modullae animae meae suspirabant tibi!» «¡Oh verdad, verdad! cuán de veras, ya desde entonces, ansiaban por ti las mismas entrañas de mi alma!» Artistas en este mundo, gracias a Dios, los hay. Sabios, por dicha nuestra, también los hay. Ser artista y sabio a la vez, es cosa muy rara: Pero ser artista, sabio y santo, es lo más raro del mundo. Y esto fué San Agustín.

Era además el de este hombre un espíritu naturalmente analítico e introspectivo. En efecto: era la suya una naturaleza sensitiva y de-

licada en extremo; y su corazón, bien lo saben sus lectores, vibró al influjo de cuantos afectos jamás vibrarán en pecho humano. La luz de su entendimiento penetraba hasta los últimos repliegues del corazón, y bien podemos afirmar que ni la ascética que le sucedió, ni la moderna psicología han podido añadir un ápice a lo que, acerca de la vida interior del alma, Agustín en sus obras nos enseñara.

Pero Agustín, quién lo creyera, era además de todo esto, tímido y bastante retraído. Ciertó; el que hubiese sido toda su vida admirador de Virgilio no basta para persuadirnos de lo ante dicho. Pero hay más. Agustín no era amigo de acudir a las armas. Sus diabluras de colegial no le llevaron nunca a la palestra deportiva. Pero en cambio, no se libraba no, de la debilidad de hacer trampa en el juego y de robar las frutas y mermeladas de su padre el honrado decurión de Tagasta. Andando el tiempo percibimos los mismos rasgos. Profesor ya de retórica, intimidado por las diabluras del mundo estudiantil, se decide a partirse para Roma donde la férula de los lictores sosegaba un tanto los enredos de la juventud universitaria. Pero en Roma se le presentan dificultades nuevas. Los estudiantes no quieren pagar y Agustín carece de valor para imponérseles. Más tarde, siendo ya catecúmen en Milán, necesita un consejero, un amigo con quien comunicar las tempestades terribles que acosan su alma. Acude pues al Obispo, pero en vano. El rostro serio y las prisas inevitables con que el ocupadísimo Ambrosio despacha a sus clientes intimida la susceptibilidad de Agustín. Se retira pues sin haberse atrevido a comunicarle sus dudas. Era por tanto nuestro Santo naturalmente tímido y retraído. Si pues más tarde admiramos su valor, su serenidad ante los adversarios, su anchura de razón, sepamos que esta fué la obra lenta y secreta de la gracia; ya que ésta, destruyendo como destruye el egoísmo, alegra ensancha y fortalece al alma con la conciencia íntima y segura, que tiene el justo, de la protección, de la ayuda y del amor de su Dios. La gracia en cambio no destruyó la exquisita sensibilidad de su alma. Al contrario, la depuró; y toda aquella timidez se convirtió en una amabilísima cortesía y delicadeza.

Que a todas estas cualidades juntara Agustín un espíritu satírico muy fino será para muchos, no lo dudamos, causa de verdadero consuelo. La risa es la sal de la vida y desde que Cristo nuestro bien resucitó, la risa es la prerrogativa más que de nadie del bueno y fervoroso cristiano. Agustín pues, a pesar de sus lágrimas de arrepentimiento, sabrá reír. Quien lo dude, que lea lo que ha escrito so-

bre los Maniqueos; que lea sus homilias; que lea sus admirables epístolas.

CARÁCTER PECULIAR DEL ESPÍRITU CIENTÍFICO DE AGUSTÍN

Vengamos ahora los rasgos peculiares de su espíritu científico, pues éstos nos ayudarán a comprender mejor su carácter. Y en primer lugar, el rasgo más saliente de su fisonomía científica es esa unidad que supo dar a todo aquello sobre lo cual puso la mano, pero inflamándolo a la vez y compenetrándolo con el amor encendido del que conoce también toda su belleza, del que reconoce siempre y en todas partes la belleza que ha dejado en todas sus obras, la mano del Creador. ¿Quién como Agustín, por ejemplo, supo dar unidad a la ascética cristiana reduciéndola en último término a esto: «Noverim Te, noverim me», que era su único anhelo y su única oración? En efecto, en derredor de estas dos realidades hace girar todo lo demás. Dios criador dando ser a la criatura y la criatura sostenida por la acción creadora de Dios, recibiendo los dones divinos ya sea directamente por medio del ser natural y sobrenatural, ya sea indirectamente por medio de las criaturas que Dios creó para su bien. ¡Oh! qué concepción tan sencilla y sublime de la vida! Dios y yo; yo y Dios mi Creador! En el abrumador silencio y soledad de toda una eternidad, resuena para cada hombre una sola palabra, que es menester que él comprenda y se asimile, la palabra de Dios que se le da y comunica. «Delictus meus mihi et ego illi?» El es perfección infinita que me crea para dárseme a mí, y yo rendido en su presencia, inundado en su amor, fatigado y cansado con el peso de sus beneficios. «Dilectus meus mihi et ego illi.» Tales son las concepciones de San Agustín. En esta multiplicidad de criaturas él sabe unirlo todo; y una vez unido, abrasarlo en las llamas del corazón más apasionado que jamás existió. Pero esto no es sino uno de muchos ejemplos que se pudieran traer.

Su concepción de la historia no es menos sintética. El mundo para él se divide en dos grandes partes: la ciudad de Dios y la ciudad de los hombres. Y así la historia del mundo, ese conjunto tan eterogéneo y tan variado, se reduce para él en último término a dos, y solo dos elementos contrarios, que son la gracia y el influjo diabólico; esto es: a una terrible y prolongada lucha entre Dios y satanás sostenida en un campo de batalla que no es otro que el alma de los hombres. ¿Veis cómo, aquí también, la tendencia de su espíritu es hacia

la unidad? La multiplicidad, la variedad, la heterogeneidad, no le turban, no le distraen, no le ciegan; penetra, relaciona, ordena, sintetiza, reconoce la unidad en la multiplicidad, ese «splendor ordinis» que es la huella inequívoca del Dios trino y uno.

Abramos el libro de sus confesiones. Aquí también no hallaremos sino una explicación gráfica, concretada a la vida del mismo Agustín, de aquella súplica suya: «Noverim Te, noverim me». La obra está dividida en trece libros. Del uno al diez contempla Agustín el rostro divino reflejado en su propia alma; los últimos tres los dedica al estudio de Dios en sus criaturas. Y entonces el mundo entero se ilumina con una luz desusada; la creación se reviste de una grandeza inefable, pues no es sino un velo que entre la faz divina del Creador.

La vida es una centella de luz, que nos revela la existencia de otra luz incorruptible. La luz creada es un reflejo de la luz inaccesible. Y luego, reconociendo que los cielos y la tierra, los hombres y los ángeles todos, no son sino el don de Dios que se le comunica, consciente por otra parte de lo mucho que a Dios ha ofendido, rendido ante la vista de tanto bien recibido, Agustín entona himnos, cuya belleza David mismo no superó. «Demasiado tarde te amé, oh hermosura tan antigua y tan nueva, demasiado tarde te amé! Tu estabas dentro de mi, y yo fuera de mi, y allí fuera te buscaba; y perdiendo la interior hermosura, me lanzaba a lo exterior en pos de esta exterior hermosura que creaste. Tu estabas conmigo, pero yo contigo no estaba. De Ti me alejaban y de Ti me apartaban aquellas mismas cosas que sin Ti no existirían, pues que en Ti tienen su ser. Llamaste y clamaste y quebrantaste la dureza de mi oído; brillaste y resplandeciste y ahuyentaste las tinieblas de mis ojos. Aspiraste en mi rostro y aspiré tu fragancia y suspiro ahora por Ti. Gusté de tu dulzura y ahora tengo hambre y sed tengo de Ti. Me tocaste, y me enciendo y me enardezco en la paz de tus abrazos. Cuando a tu Ser todo mi ser esté unido no habrá ya ni dolor, ni trabajo. Y mi vida se colmará de vida, llena de Ti».

Mas no quiero detenerme en estos aspectos de la vida de Agustín; ante estos panoramas que su clarísimo ingenio sabe descubrir a nuestra vista y cuya belleza no puede menos de abrumar nuestro espíritu. Ojalá, con todo, que este mero esbozo de sus concepciones filosóficas y ascéticas logre mover a alguno a buscar en él lo que él, como nadie, sabe dar, es a saber: conocimiento profundo y amor ardiente de Dios y de sus inefables perfecciones. Y es que en realidad

de verdad, Agustín rasga los velos de la miseria y mostrándonos la presencia del creador que tras ella se oculta, nos enseña a besar la mano bondadosa que sustenta nuestra vida. El finalmente, sabe, como nadie, llenar y saciar los senos infinitos del alma humana. Porque, simplificando con su espíritu sintético la variedad casi infinita del universo, nos revela los abismos insondables de armonía y de belleza que se dejan vislumbrar en las obras y en los planes de la providencia de Dios.

EVOLUCIÓN RELIGIOSA DE AGUSTÍN

Esbozaremos ahora en sus líneas más generales la evolución religiosa de Agustín. Y lo primero que llamará nuestra atención en esta parte será lo siguiente, es a saber: que el estado interior de su alma, su manera de ser y de obrar, está siempre en consonancia con la idea que tiene de Dios. Me explicaré mejor. La vida de San Agustín puede dividirse en cuatro grandes partes, según las cuatro diferentes religiones, o más bien quizá, actitudes religiosas que tomó en el transcurso de los años. En su niñez fué catecúmeno cristiano; en su juventud se agregó a la secta de los Maniqueos; hastiado al cabo de algún tiempo con el trato y la doctrina de estos hombres, se aficionó a los autores platónicos y neo-platónicos, y finalmente, socorrido por la misericordia de Dios, «post tot discrimina rerum», volvió al Cristianismo. Ahora bien; salta evidentemente a la vista que a cada una de estas fases religiosas corresponde una idea, un concepto distinto de Dios. Y esto es lo que aquí haremos notar, es a saber: cómo a cada conocimiento de Dios corresponde en la vida de Agustín una conducta diferente. Y lo mismo nos atreveríamos a afirmar de otros muchos hombres. Y la razón es obvia. Fijos nuestros ojos en un ideal de perfección que amamos (nótese el dicho: «ideal de perfección que amamos», no «que conocemos especulativamente»); fijos pues nuestros ojos en un ideal de perfección que amamos, o nos asemejamos a esa perfección o apartamos nuestra vista y apostatamos de ella. Porque amar una cosa y no asemejarse a ella son dos elementos que no se pueden dar simultáneamente en un individuo sin que haya lucha. Y entonces, o vence el amor de la belleza ideal o vence la pasión; pero no sin haber antes apartado los ojos de la visión que elevaba y ennoblecía. A esta fase síguese a veces un tercer estado más triste aún que el segundo. Apartados los ojos de la luz y vueltos hacia la obscuridad, llaman a la claridad ti-

nieblas, y a las tinieblas luz. ¡Infelices! Adulteran de esta suerte la razón y prostituyen su naturaleza. Pero éste, que es de un modo especial el pecado de la Filosofía heterodoxa contemporánea, no fué nunca, gracias a Dios, el pecado de Agustín. Pertinaz en el mal, eso sí; corruptor de su propia naturaleza, eso jamás. Su evolución, como veremos, fué progresiva. Hijo como era de madre cristiana, aprendió en sus primeros años la doctrina verdadera acerca de la naturaleza de Dios. Pero el hecho fué que esta idea pronto se obscureció en su mente. ¿Por qué? Las causas no podrían ser otras que, por una parte, falta de instrucción debida, y por otra, el pecado de soberbia con su inseparable compañero el pecado de sensualidad. Su idea de Dios se redujo pues en sus primeros años a ese «Magnum Aliquem» (Algo Grande), como él mismo le llama, que no dista gran cosa por cierto del «Espíritu Supremo» que, con nombres diferentes, pero casi siempre bajo los mismos rasgos, han venerado las tribus salvajes de Australia, de algunas partes de Africa y de las regiones septentrionales de Norte América. Dios era entonces, para él, algo grande e invisible que le podía ayudar, pero en cuyas prerrogativas, en cuanto a castigos y sanciones, valía más no pensar. Esta, digo, fué casi su primera idea de Dios. El conocimiento de Cristo, le tuvo también, y permaneció en su corazón como un dulce recuerdo; pero en la práctica significaba poco o nada para él. Ahora bien, a esta idea de Dios correspondió, y no podía menos de corresponder, una manera de obrar consiguiente. No amaba, sino que temía; y pues que sólo temía, no perdía ocasión de salir adelante con su pecado, con tal que pudiera hacerlo con suficiente probabilidad de escapar sin castigo. La simple lectura de sus «Confesiones» hará del todo patente la verdad de esta afirmación.

«Muy joven aún fuí enviado a la escuela para aprender primeras letras. Y por cierto que aunque, ¡infeliz de mí!, ignoraba del todo el fin y utilidad del estudio, si estudiaba con flojedad se me azotaba... Conocí por entonces algunos hombres dados a la oración, y de ellos aprendí como pude que Tú, Señor, eras algo inmenso (Magnum Aliquem), que aunque no podías ser percibido por los sentidos, podías oírnos y ayudarnos... Talento y memoria no me faltaban, pero tenía pasión por el juego (delectabat ludere), y de aquí que con frecuencia hubiese de tolerar las venganzas de mis mayores... Y entre tanto pecaba, pues me rebelaba contra las órdenes de mis padres y maestros... elegía, no lo mejor, sino lo que más me agradaba, buscando en los juegos la vanidad de las victorias, an-

dando a caza de cuentos y fábulas, y ardiendo en curiosidad de presenciar los juegos y ocupaciones de mis mayores... Desde joven oí hablar del cielo y del infierno, cuyo temor jamás se apartó de mí «qui metus per varias quidem opiniones nunquam recessit de pectore meo»... Además fui signado con la señal de la cruz... y cierto día, aquejado con un fuerte dolor de estómago, pedí el bautismo... Mi madre acudió inmediatamente y hubiese sido bautizado, si no hubiese sanado al poco tiempo...

«Vese pues que en mis primeros años detestaba las letras y rehuía el ser obligado a estudiarlas. Con todo empecé a cobrarles gusto a las letras latinas; no las que se enseñan en primeras letras, porque éstas me eran tan odiosas como las griegas, sino las que enseñan los humanistas... «Quid tamen miserius, misero non miserante se ipsum?» ¿Pero qué cosa hay más miserable en este mundo, que un miserable que no tiene compasión de sus propias miserias? Y sin embargo, de esos precisamente era yo, pues aunque no lloraba la muerte de mi alma, cuando leía la *Eneida*, lloraba la muerte de Didón. «Sed flebam Didonem extinctam ferroque extrema secutam...» Mas por lo que toca al canturreo de las escuelas: uno y uno, dos; dos y dos son cuatro, «lo odiaba ya de todo corazón...» Niño pues todavía, andaba ya en contacto con el vicio. Más temía decir un disparate en latín que tener envidia del que no lo decía... Además engañaba con cuatro mentiras a mis padres y maestros... robaba frutas y dulces de mi casa; y esto lo hacía o por gula o por pagar las deudas que contraía en el juego... en el cual por puro amor a la honra, obtenía a veces fraudulentas victorias... y si era sorprendido haciendo trampa, me indignaba... Y ¿qué era lo que me deleitaba, sino amar y ser amado? Pero en esto no guardaba yo el modo que debe guardarse al amarse las almas mutuamente, que son los límites claros y luminosos de una genuina amistad; sino que levantándose las nieblas y el humo de las pasiones del cenagal de mis concupiscencias y pubertad, anublaban y obscurecían mi corazón, de tal suerte, que no distinguía entre la clara serenidad del amor casto y la inquietud tenebrosa del amor impuro. Uno y otro hervía confusamente en mi corazón, y entrambos arrebatában mi flaca edad, llevándola por unos precipicios de desos desordenados y me sumergían en un piélago de maldades...»

Reflexionemos un instante sobre el cuadro que el mismo Agustín nos ha pintado. Y en primer lugar, hay en él mucha belleza. Belleza en la exactitud con que está pintado, lleno de toques delicados y sig-

nificativos, que dan a todo el conjunto esa vida y realidad que es lo que más se aprecia en un escrito biográfico. Belleza en las cualidades mismas de esa humanidad diminuta, curiosa e inquieta, desbordando actividad y maliciosa sagacidad, pero a la vez franca y sincera, que nos es tanto más cara, cuanto que sabemos que de ella ha de salir el mayor ingenio y uno de los más grandes santos de la Iglesia. Belleza sobre todo en la ternura y delicadeza y fuego de ese pequeño corazón, que aunque por desgracia ha de apartarse de Dios, no puede menos de cautivar nuestro cariño y nuestro amor. «*Et quid erat quod me delectabat nisi amare et amari?*» «¿Y qué era lo que más llenaba mi alma, dice, sino amar y ser amado?»

Pero si es verdad que en este cuadro hay luz y vida y hermosura, quien lo mire con detención no podrá menos de percibir lo que antes hacíamos notar. Esto es: un conocimiento mezquino de Dios, «*Magnum Aliquem*», y la actitud para con El, que de semejante idea necesariamente resulta. Porque a semejante concepto corresponde un afecto de temor; sano si se quiere, pero al fin y al cabo temor: liga de egoísmo, de amor propio, del cual bien se puede decir que es amor que al amor se venda. Y si en el corazón de Agustín, como en el corazón de todo hombre, bulle un inmenso amor propio, tanto más fuerte y arraigado cuanto más fuertes eran sus pasiones, podemos estar perfectamente seguros que ese amor propio sólo podría ser vencido, no por el temor, sino por el amor de algo más grande, más digno, más merecedor de aprecio, que la frágil naturaleza humana. Porque el hombre es en esta parte eminentemente lógico. ¿Es Dios para él algo grande, inmenso, pero molesto? Pues como perseverare en este concepto, no tardará mucho en quitarse esta carga de encima. Empieza pues el hombre por pensar mal de su Dios; prosigue luego a apreciarse más que a Dios, y acaba por preferir su voluntad a la Divina. El solo temor sólo sirve para engendrar disgusto, y con el tiempo y a fuerza de pecar va desapareciendo hasta trocarse en manifiesta rebelión, y con ésta tenemos ya en el corazón humano en germen todos los pecados, que es ese odio, secreto quizá, pero muy real, hacia la autoridad, ese rencor sordo contra la ley, aunque esa ley sea la ley del mismo Dios, ese positivo elegirme a mí antes que a Dios, con el consiguiente real, aunque no explícito odio de Dios, «nuestro Creador y Señor».

Es, pues, el cuadro de la niñez de Agustín, de luces y de sombras. Algo falta en él, como en la vida de tantos niños, que bañe en luz y alegría la obscuridad y tristeza engendrada por el pecado; que au-

mente esa vitalidad, y que a toda esa belleza que hemos contemplado, junte la incorrupción; incorrupción que sólo puede provenir de un grande, puro y generoso amor. ¿No es verdad que la manera de proceder de Agustín recuerda en alguna manera la ética infantil de las tribus salvajes? El mal para éstos, más que en hacer el mal, parece consistir en *ser sorprendidos* haciendo el mal. Por una parte, pueriles latrocinios cometidos a hurtadillas, mirando hacia atrás, no sea que el fantasma le sorprenda, y acompañados de ridículas oblacones y peticiones. Por otra parte, pecados y torpezas cometidas sin un sonrojo. Religión, en una palabra, de crímenes y ridículas diabluras; religión de temor; religión por tanto ineficaz, insulsa, débil, incapaz de dominar, porque, gracias a Dios, sólo su amor puede dominar de lleno el corazón del hombre. ¿Y en qué concepto de Dios se funda esta ética? No es por ventura en el «magnum Aliquem» de quien nos ha hablado la niñez de Agustín?

De esta concepción de Dios pasó Agustín a la del Maniqueísmo. Ahora bien; el Dios de los maniqueos era un Dios débil que a medias solamente gobernaba este mundo, participando en su reino otro Dios, principio primero de todo lo malo. Pero Agustín, además, concebía a Dios por este tiempo como un ser material, cuya grandeza consistía en una enorme extensión. «Ita etiam Te, vita vitae meae, grandem per infinita undique cogitabam penetrare totam mundi molem». «Y así, oh vida de mi vida, te imaginaba como algo inmenso, difundido por espacios infinitos y compenetrado con la mole del mundo». Pues bien, es notable que a esta concepción materialista de Dios corresponde en la vida de Agustín una vida de materialísima sensualidad. «Seducebamur et seducebamus, falsi atque fallentes in variis cupiditatibus». «Y por este tiempo, dice, viví seducido y seduciendo a otros, y entre la variedad de mis deseos y apetitos tan pronto era engañado como engañador.» «In illis annis unam habebam, non eo quod legitimam vocatur, coniugio cognitam, sed quam indagaverat vagus ardor, inops prudentiae.»

Pasemos ahora a la tercera fase religiosa de su vida. Lee Agustín el *Hortensio* de Cicerón y algunas obras más o menos imbuídas en la filosofía platónica y neoplatónica. Penetra en su alma la concepción grandiosa que de la divinidad lograron alcanzar estos filósofos. Vislumbra pues por primera vez la belleza de aquella esotérica divinidad, reflejo al fin y al cabo, aunque muy pálido de la realidad, y con este conocimiento se despierta en su alma un fuego de amor que le enardece más y más por lo divino. «Y guiándome Tú (Dios

mío) entré en lo más íntimo de mi alma... y vi sobre mi entendimiento y sobre mi alma misma una luz inmutable... y fueron tan claros los rayos de la luz con que iluminaste mi alma, que deslumbrada la flaqueza de mi vista no pudo resistir la vehemencia de luz tan excesiva; todo me estremecí de amor y espanto... hallé que estaba yo muy lejos de Ti y muy desemejante, y como que oía tu voz allá desde lo alto que me decía: «Yo soy manjar de los que son ya grandes y robustos; crece y entonces Yo seré tu sustento...» Pero es cosa muy diferente alcanzar a ver la patria de la paz desde la cumbre de un monte sin descubrir el camino que conduce a ella... y otra cosa es andar y conocer el camino que guía a la misma patria.» Agustín vislumbraba ya la realidad; contemplaba de lejos la idea ejemplar de toda belleza y perfección, pero faltábale aún el conocimiento propio. Tenía aún que palpar la impotencia atroz de la naturaleza humana para unirse con Dios cuando carece de la gracia. Fué menester pues que su alma entrara en la horrible obscuridad de los combates interiores; que su ánimo fuese azotado y humillado hasta la saciedad por las fluctuaciones de una lucha de pasiones terribles; en una palabra, fué menester que palpara su debilidad, que conociera su propia miseria, que se humillara hasta morder el polvo de su «nada»; fué menester todo esto, digo, para que en su ánimo se abriera paso la humildad, esto es, el conocimiento de la verdad; y tras ella la gracia; y con la gracia, el conocimiento de la suma realidad, el conocimiento del Dios de los cristianos. Y entonces, trascendiendo y sobrepujando las concepciones platónicas y neoplatónicas, le conoció a El, el verdadero Dios, infinito, sí, en todas sus perfecciones, en sabiduría, en belleza, en amor, en poder; pero si podemos hablar así, mejor aún que todo esto, infinito también en su humildad, en su mansedumbre, en su misericordia, en su sencillez; infinitamente amable, por tanto, aun para la más miserable de sus criaturas. Conoció la humildad de Dios que es Cristo. Y esto, pensamos, sirvió más que nada para rendirle a los pies del «Padre de las misericordias» y el «Dios de toda consolación y amor». «Tu Verbo, oh Señor, dice, la eterna verdad, infinitamente superior a tus demás criaturas... vino a este miserable mundo en que habitamos y levantó para sí una casita, formada de este limo de la tierra con que nosotros fuimos hechos; para enseñar de esta suerte a ser humildes a aquellos que habían de ser sus siervos, y para traerlos a su propia persona curando su soberbia e inflamando su amor; para que por fin dejasen los hombres de confiar en sí mismos y en

sus propias fuerzas, y se hiciesen pequeños y conscientes de su debilidad «videntes ante pedes suos infirmam divinitatem, ex participatione tunicae pelliceae nostrae», viendo un extraño espectáculo: la divinidad humillada a sus pies, humillada con la participación de esa túnica pelicea de nuestra humanidad. Para que abrumados por el peso de la humildad divina, cayeran postrados ante ella, y Ella, la Benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, los levantara hasta su pecho y hasta el dulce abrazo de su divinidad.»

¡Ah; qué lección la que de aquí se deduce! ¡Cuánto le va al fiel cristiano en tener un conocimiento verdadero y profundo de la grandeza divina y de la pequeñez humana! Es que a pesar de nosotros mismos, somos y no podemos menos de ser consecuentes en esta parte. A un gran amor corresponde un gran aprecio; un muy pequeño aprecio va irremisiblemente acompañado de un escaso amor. Y esto, que es verdad en el trato ordinario de los hombres, no lo es menos del trato entre los hombres y Dios. Veráse esto muy claramente en la siguiente anécdota que nos refiere el mismo Agustín. Tenía Agustín un amigo a quien amaba mucho, y muerto éste procuraba consolarse con el pensamiento de Dios. ¡Vana esperanza! ¿Cómo puede un hombre consolarse con lo que no aprecia, con lo que no ama de verdad, sino, cuando más, sólo especulativamente? Y así, exclama Agustín con admirable conocimiento propio: «Et si dicebam animae meae, spera in Deum; iuste non obtemperabat mihi: quia verior erat et melior homo quem carissimum amiserat, quam phantasma in quo sperare iubebatur.» «Y si decía a mi alma: espera en Dios, con harta razón mi alma no me obedecía: ya que mucho mejor y mucho más querido para mí era el amigo que acababa de perder, que no aquel fantasma (que eso era Dios entonces para mí) en quien me esforzaba por esperar.» Y un poco más tarde exclama: «Tú, mi Dios, no eras para mí algo real, firme y positivo. Y cuando pensaba en Ti, pensaba como en un vago fantasma, de suerte que confundía a mi Dios con un miserable engendro de mi imaginación.» «Non enim Tu eras, sed vanum phantasma, et error meus erat Deus meus.» Hubo un tiempo, pues, para Agustín, como para otros muchos por desgracia, en que como el conocimiento de Dios fuese ténue, vago y erróneo, el amor correspondiente era débil y por mejor decirlo, nulo: «Quia verior erat et melior homo quem amiserat quam phantasma in quo sperare iubebatur.» Si pues más tarde el amor de Agustín llegó a inflamar su corazón y abrasar toda su persona, hasta arrancarle aquel sublime himno que trasciende la

más bella poesía del mundo: «Oh pulchritudo tam antiqua et tam nova, sero Te amavi!» «¡Oh belleza tan antigua y tan nueva, demasiado tarde te amé!»: podremos concluir legítimamente que en aquel entendimiento lucía entonces un conocimiento muy grande de Dios, y que aquellos sublimes acentos brotaban espontáneamente de un éxtasis, de una visión intelectual límpida y clara de aquella «Verdad Pura y de aquella Perfección Simple y Sencilla», cuya esencia misma es el amor.

He aquí, pues, ligeramente trazada la historia de la evolución religiosa de San Agustín. No es al fin y al cabo sino la historia de la evolución de una idea en su mente, la idea sublime de la Divinidad. El «magnum Aliquem», que es casi el espíritu supremo de las tribus salvajes, el dios endeble de los maniqueos, la aristocrática divinidad de los neo-platónicos, se van turnando en su mente, hasta que ama- nece por fin en su alma, el Dios verdadero, el Dios de los cristia- nos. Y Agustín es, nótese bien, lo que es su idea de Dios. La con- clusión que de este estudio se deduce es evidente: El hombre es en general lo que es su conocimiento y aprecio de su Dios. Hoy por hoy hay mucha frialdad, mucha indiferencia. ¿Cómo remediarla? Ore- mos; ante todo, oremos. Pero además conozcamos la sublime reali- dad de Dios, estudiemos nuestra Religión. No pensemos que la Teología o la Teodicea son el monopolio de los eclesiásticos; nada más falso. Ninguna idea más mezquina y más propia para atollar a los hombres en la ignorancia religiosa. La verdad es que la Teolo- gía natural y revelada son el común tesoro de todo fiel cristiano y mejor aún de todo ser racional. Se estudian todas las ciencias natu- rales y en ellas encuentra el entendimiento deleite y satisfacción. Pues miremos que en la ciencia de Dios se encuentra mayor satis- facción y deleite. ¿Que no nos interesa la persona del que nos creó?

¿No queremos saber cómo es? ¿No nos interesan los secretos de sus divinas perfecciones? ¿No nos atrae el inexcutable y dulcísimo misterio de la Trinidad, en que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo viven en gozo, alegría y paz inefables, siendo aquella su vida el prototipo de todo el gozo y la alegría, y de toda la paz y amor crea- dos? Porque, ¿es posible amar de verdad y no querer conocer al que se ama? ¿Se dirá que basta el conocimiento de Cristo Nuestro Se- ñor? ¿Mas quién podrá conocer a Nuestro Señor Jesucristo si no conoce a Dios? ¿Se responderá quizás que la gracia de Dios ense- ñará lo suficiente? ¿Mas no sabemos que la gracia se adapta a la naturaleza y que Dios por lo general no infunde una ciencia que se pueda adquirir naturalmente?

Convenzámonos, pues, de esta gran verdad, a saber: que nuestra frialdad, nuestro poco aprecio de Dios y de Cristo, nacen de un concepto mezquino de su inefable y soberana grandeza: de una ignorancia, ¡cuántas veces casi completa! de los dogmas sublimes de la religión católica. Verdades son las que el humilde catecismo nos enseña (verdades como la divinización del alma humana por la gracia y la de la inhabitación del Espíritu Santo en el alma del justo), capaces cada una de ellas de embriagar y sacar fuera de sí y medio enloquecer a un entendimiento, por mediano que sea, con tal que no esté demasiado materializado. Si no logran este efecto, es porque no las penetramos y no comprendemos su transcendencia. ¿Qué remedio? Orar: ante todo orar, como decíamos antes. Estudiar luego y meditar el dogma. Pero ayudar a ambas cosas es ponerse en contacto con almas como la de Agustín que vivieron el dogma, comprendieron su inefable belleza y supieron ponerlo al alcance de los pequeñuelos explicándolo en lenguaje fácil a la vez que grandioso. Tales son los Santos Padres cuyo príncipe es el sencillo, amable y sapientísimo Obispo de Hipona.

JAIME CASTIELLO, S. J.